

movimiento de un cuerpo por sí mismo insensible puede ser la sensación? ¿quién experimenta la sensación? ¿dónde y cómo se produce? Cuestiones á las cuales Lucrecio no responde, y de las que nosotros volveremos á ocuparnos más adelante.

Una refutación detallada de la teoría de la inmortalidad del alma, revista la forma que quiera esta teoría, constituye una parte importante del poema; se ve el valor que el poeta da á este punto, aunque en el fondo la conclusión final pueda ya deducirse completamente de las premisas; toda la argumentación se resume así: la muerte es para nosotros una cosa indiferente porque cuando llega no existe ya sujeto que esté en estado de percibir de un modo cualquiera una sensación desagradable. En su temor á la muerte, dice el poeta, el hombre no puede pensar que su cuerpo, podrido bajo tierra, sea devorado por las llamas ó despedazado por bestias feroces, sin creer secretamente que él mismo sentirá todo esto; aun negando este vago temor, todavía le siente; porque no sabe hacer abstracción completa de la vida, olvidando de este modo que, una vez muerto, carecerá de una segunda existencia que le permita lamentar su triste destino.

«En tu risueña morada no serás acogido por tu virtuosa compañera, ni tus hijos queridos se disputarán tus besos, ni una dulce alegría palpará en tu pecho; ya no podrás con tu esfuerzo defenderte á ti mismo ni á los tuyos. ¡Ah, desgraciado!, dirán, un solo y funesto día te ha arrebatado á todos los goces de la vida; pero se les olvidará añadir: tú no tienes ya el menor deseo de esta felicidad. Si se penetrasen bien de esta verdad, y los hechos respondiesen á las palabras, se librarían de una pena muy grande y de un pavor no menos grande todavía. Tú, una vez adormecido por la muerte, permanecerás eternamente libre de todo dolor y sufrimiento, y, en cuanto á nosotros, cuando la terrible hoguera te haya reducido á ce-

nizas, no dejaremos de llorarte y el tiempo no arrancará de nuestro corazón esta pena eterna. Pero se pudiera objetarnos: si todo se reduce á sueño y reposo, ¿á qué consumirnos en eternos pesares?»

El fin del libro tercero, á partir del pasaje que acabamos de citar, contiene excelentes y notables pensamientos; el poeta hace hablar á la misma naturaleza, la cual demuestra al hombre la inanidad del temor á la muerte, sacando muy buen partido de los espantosos mitos referentes al mundo subterráneo, que explica con auxilio de las pasiones y sufrimientos humanos; se cree á cada paso estar oyendo á un racionalista del siglo XVIII, y que no se trata de concepciones clásicas. Tántalo, en los infiernos, no experimenta el vano temor de ver caer sobre su cabeza la roca que le amenaza, pero los mortales durante su vida están torturados por el temor de los dioses y la muerte; Titio no es el gigante del mundo subterráneo, cuyo cuerpo mueve fanegas de tierra y á quien están devorando eternamente los buitres, sino que cada uno de nosotros es un Titio cuando somos víctimas de los sufrimientos del amor ó de una pasión cualquiera; el ambicioso, codiciando las altas dignidades del Estado, rueda como Sísifo una enorme roca que apenas toca á la cima de la montaña se despeña en seguida al abismo; el feroz Cerbero y todos los espantajos que habitan el Tártaro, representan los castigos que esperan al criminal porque, aun cuando escape á la prisión y á un castigo ignominioso, su conciencia le inquieta de continuo, mostrándole la justicia vengadora que le cerca con sus espantosos arreos. Los héroes y los reyes, los grandes poetas y los filósofos han muerto, y los hombres insignificantes se resisten contra la necesidad de la muerte, pasando su vida en sueños intranquilos y en vanas preocupaciones, siempre buscando y sin saber jamás lo que les falta; si lo supieran, lo abandonarían todo para dedicarse exclusivamente al estudio de la naturaleza que trata del estado en que el hombre,

después de terminada su actual existencia, persistirá eternamente.

El libro cuarto trata con especialidad de la antropología: nos llevaría muy lejos si hubiéramos de citar las numerosas y á menudo sorprendentes observaciones en que el poeta funda su doctrina, que es la de Epicuro; y como no nos preocupan los orígenes de las hipótesis fisiológicas, sino el desarrollo de las concepciones fundamentales, nos limitaremos á lo poco que hemos dicho más arriba acerca de la teoría epicúrea de las sensaciones. Este libro termina con un análisis detallado del amor y las relaciones sexuales; ni las prevenciones que de ordinario inspiran el sistema de Epicuro, ni la brillante invocación á Venus con que empieza el poema, hacen presumir el tono grave y severo con que Lucrecio trata este asunto; habla con rigor el lenguaje del naturalista y, explicando el origen del amor sexual, le condena como una pasión funesta.

El libro quinto, consagrado á la cosmogonía, expone los orígenes de la tierra y los mares, de los astros y de los seres vivos; aquí se halla la cuestión de la inmovilidad de la tierra en el centro del mundo; la base de esta teoría es la unión indisoluble de la tierra con los átomos aeriformes que, estando colocados sobre ella, no experimentan presión á causa de su sólida reunión con la tierra, que data de los tiempos primitivos; confesamos que esta explicación es algo obscura, y no se hace más clara en la comparación de la tierra con el cuerpo humano que no está sujeto por sus propios miembros y le mueven y llevan los átomos sutiles y aeriformes del alma; no obstante, hemos de observar que el poeta se halla tanto más lejos de creer en la inmovilidad absoluta de la tierra cuanto que esta hipótesis estaría en completa oposición con el conjunto del sistema epicúreo; ha de imaginarse el universo, lo mismo que los átomos, cayendo continuamente, siendo de extrañar que no se sirva Lucrecio, en in-

terés de su explicación, del libre movimiento de retroceso, en el sentido de arriba abajo, que experimentan los átomos aeriformes colocados sobre la tierra (47). Es verdad que si Epicuro y su escuela hubieran dilucidado completamente la relación del reposo y del movimiento relativos, se habrían anticipado muchos siglos; ya hemos visto en Epicuro la tendencia á explicar la naturaleza más bien por la posibilidad que por la realidad; Lucrecio enuncia esta tendencia con tal precisión que, uniéndola á ella las enseñanzas sugeridas por Diógenes Laercio, nos vemos forzados á creer que acerca de este punto nos encontramos enfrente, no de la indiferencia ó de la frivolidad, sino del método de la escuela epicúrea, formulada con tal claridad y tan exactamente como es posible en lo que concierne á la idea fundamental (48); Lucrecio dice á propósito de las causas del movimiento de los astros:

«Es difícil alcanzar en este mundo la certidumbre en estas cuestiones; pero lo que es posible, lo que sucede al través del espacio en los diversos mundos creados de diferentes maneras, esto es lo que enseño; voy á tratar de explicar las numerosas causas de donde pueden derivarse los movimientos de los astros en el universo; preciso es que una de esas causas produzca el movimiento de las constelaciones, pero ¿cuál? Esto no es fácil de encontrar cuando se avanza paso á paso.»

Esta idea de que la suma total de las posibilidades, visto el número infinito de los mundos, conviene perfectamente con el sistema epicúreo; este sistema identifica la suma de lo que es posible para el pensamiento con la suma de lo que es realmente posible y con lo que realmente existe además en cualquiera de los numerosos mundos, hasta lo infinito; esta concepción puede todavía hoy servir para hacer comprender la doctrina en boga de la identidad del ser y el pensamiento; en tanto que la física epicúrea razona acerca de la totalidad de las cosas posibles, y no acerca de posibilidades particulares cuales-

quiera, se aplica á la vez á la realidad en su conjunto, y sólo cuando se trata de concluir acerca de los casos determinados que están al alcance de nuestra experiencia es cuando cabe aplicar el «detente» que los escépticos oponen á cuanto la afirmación traspasa del conocimiento real; si se sabe usar este método tan profundo como prudente, se puede deducir muy bien de la hipótesis más verosímil la explicación de un caso determinado, y, en efecto, tenemos muchísimas pruebas de que la hipótesis más plausible ha sido á menudo también la preferida.

Entre las partes más importantes de la obra de Lucrecio pueden contarse los pasajes del libro quinto, donde expone el desenvolvimiento lento, pero continuo, del género humano; Zeller, que por lo general no hace completa justicia á Epicuro, dice con razón que en estas cuestiones el filósofo griego ha emitido opiniones muy sensatas. El hombre, desde los tiempos primitivos, estaba, según Lucrecio, mucho más fuertemente constituido que en nuestros días; tenía un poderoso esqueleto y sólidos tendones; endurecido contra el frío y el calor, vivía á la manera de los animales en una completa ignorancia del arte de la agricultura; la tierra fecunda le ofrecía espontáneamente el alimento, y las fuentes y los ríos aplacaban su sed; los primeros hombres habitaron en los bosques y en las cavernas y no tenían instituciones ni leyes; no conocían el uso del fuego ni los vestidos de pieles; casi siempre salían vencedores en su lucha con los animales y no huían más que delante de un reducido número de fieras; poco á poco aprendieron á construir cabañas, á cultivar el campo y á utilizar el fuego; los lazos de la vida de familia se formaron y el género humano comenzó á dulcificarse; la amistad nació entre los más vecinos, la rudeza disminuyó respecto á las mujeres y los niños, y, si la concordia no era universal todavía, por lo menos la paz reinó entre la mayor parte de los hombres; la naturaleza

impulsó al hombre á producir los más variados sonidos del lenguaje, y la necesidad creó los nombres de los objetos sobre poco más ó menos como acostumbran los niños en su primer desarrollo á emplear ciertos sonidos á la vez que muestran con la mano lo que está delante de ellos; así como el cabritillo siente sus cuernos y quiere servirse de ellos para el ataque antes de que estén completamente desarrollados, así como las panteras y los leones jóvenes se defienden con las patas y la boca cuando apenas si tienen garras y dientes, y así como los pájaros nuevos tratan de revolotear antes de tiempo, así se formaron los rudimentos del lenguaje humano; sería, pues, una locura creer que un solo individuo haya dado á las cosas sus nombres y que sus semejantes aprendieron de él las primeras palabras; en efecto, ¿cómo admitir que un solo hombre haya podido expresarlo todo por sonidos, producir los variados acentos del lenguaje y que los otros hombres no hayan podido hacer otro tanto? ¿cómo el inventor les hubiera determinado á emplear sonidos cuyo objeto y significado ignoraban por completo? Los animales mismos, movidos por el miedo, el dolor ó la alegría, producen sonidos muy diferentes; el mastín muestra los dientes gruñendo, ladra ruidosamente cuando juega con su cría, encerrado en la casa aulla, lanza gritos plañideros cuando se le amenaza ó se le pega y tiene, en fin, las entonaciones más diversas; lo mismo ocurre con los demás animales; con mucha más razón, concluye el poeta, debe admitirse que los hombres, desde los tiempos primitivos, han podido designar con sonidos nuevos siempre los diferentes objetos.

El desarrollo progresivo de las artes lo explica Lucrecio de igual manera, y aunque da participación á la sensibilidad y al genio inventivo de los individuos, sin dejar de ser lógico y fiel á su concepción del mundo, asigna el papel principal al tanteo más ó menos ciego; sólo después de haber seguido muy á menudo falsas direcciones,

el hombre encuentra los medios verdaderos que se imponen por su evidente superioridad y son adoptados en definitiva; según un pensamiento de una notable delicadeza, el arte de hilar y el de tejer ha debido ser inventado por el sexo masculino, el más ingenioso de los dos, y luego entregado á las mujeres, encargándose los hombres de otros trabajos más rudos; hoy que el trabajo de las mujeres se dirige paso á paso (y á veces de un modo brusco) á practicar las carreras y profesiones que durante largo tiempo han explotado los hombres, sólo este pensamiento nos parece mucho más natural que podía parecerlo en las épocas de Epicuro y Lucrecio, en las cuales, por lo que de ellas sabemos, no se producían aún tales revoluciones en las diferentes ramas de la industria.

En el encadenamiento de estas reflexiones históricas y filosóficas se hallan mezclados pensamientos del poeta acerca del origen de las instituciones políticas y religiosas; Lucrecio imagina que los hombres distinguidos por su habilidad y valor comenzaron á fundar ciudades y á edificar castillos; después vinieron los reyes, que distribuyeron á su antojo tierras y dominios entre los más bellos, vigorosos y mejor dotados de sus partidarios; sólo más tarde, cuando se descubrió el oro, se produjeron desigualdades de fortuna que permitieron á la riqueza suplantar á la belleza y á la fuerza; la riqueza tiene también sus partidarios y se unió á la ambición; poco á poco el poder y la influencia fueron disputados por numerosos competidores; la envidia minó el poder, derribaron á los reyes y cuanto más temido fué antes su cetro con más furor lo pisoteó después la muchedumbre; durante algún tiempo dominó la brutal multitud, y, sólo después de haber pasado por la anarquía, la sociedad entró en un estado de cosas regido por leyes. Los pensamientos de Lucrecio tienen ese carácter de resignación y repugnancia hacia toda actividad política que en la antigüedad era casi común á todos los sistemas materialistas; del mismo modo

que el poeta opone al amor de las riquezas la economía y sobriedad, así es de opinión que vale más obedecer tranquilamente que aspirar al poder y apoderarse de un trono; se ve que la antigua virtud republicana y el amor á los gobiernos libres han desaparecido; elogiar la obediencia pasiva equivale á negar el Estado como sociedad moral; es injusto que se haya asociado este individualismo exclusivo á la concepción atómica del mundo; hasta los estoicos, que preocupados con la moral práctica trataron con frecuencia de política, acabaron, sobre todo en los últimos tiempos, por alejarse sistemáticamente de toda participación en los negocios públicos, y á su vez la solidaridad entre los filósofos, tan alabada por los estoicos, estaba dignamente representada entre los epicúreos por la intimidad de sus relaciones amistosas. Las causas que lanzaron á la filosofía antigua al quietismo político fueron más bien la extinción de ese entusiasmo juvenil que había impulsado á los pueblos á constituir Estados, la desaparición de la libertad, la situación desesperada y, en cierto modo, la descomposición del organismo político.

Lucrecio hizo derivar la religión de fuentes primitivamente puras; durante la vigilia, y más aún durante el sueño, los hombres veían en su imaginación las formas majestuosas y potentes de los dioses y atribuían á estos seres fantásticos vida, sentimiento y fuerzas sobrehumanos; al mismo tiempo observaron el curso regular de las estaciones como la salida y puesta de los astros; no conociendo las causas de estos fenómenos, colocaron las divinidades en los cielos, morada de la luz y de los otros fenómenos celestes, atribuyendo á los dioses las tempestades, el rayo, el granizo y el ruido amenazador del trueno.

«¡Desgraciados seres humanos, por haber atribuído tales actos á los dioses y haberles dotado de tan terribles cóleras, qué de heridas y gemidos os preparasteis á vosotros mismos! ¡cuántas lágrimas haréis derramar á nuestros descendientes!».

El poeta explica detalladamente con qué facilidad el hombre, á la vista de los tremendos fenómenos de que es teatro el cielo, en vez de considerar las cosas con calma, que es lo que constituye la piedad verdadera, tuvo la idea de apaciguar la pretendida cólera de los dioses con votos y sacrificios imponentes.

El último libro del poema se refiere, si podemos expresarnos de esta manera, á la patología; aquí se discuten las causas de los fenómenos meteóricos, y el poeta explica los relámpagos, el trueno, el granizo, las nubes, los desbordamientos del Nilo y las erupciones del Etna; pero del mismo modo que en los libros anteriores la historia primitiva de la humanidad no forma más que una parte de la cosmogonía, así las enfermedades del hombre están mezcladas con los fenómenos notables del universo y la obra concluye con una descripción, justamente célebre, de la peste; no sin intención quizá el poeta termina su poema con un cuadro conmovedor del poder de la muerte después de haberle comenzado con una invocación á la diosa que por todas partes hace surgir la vida.

Del contenido especial del libro VI citaremos la descripción de los lugares del averno y los fenómenos de la piedra imán. Los lugares del averno debieron provocar de un modo especialísimo en nuestro poeta el gusto por las explicaciones, y el imán ofreció á su concepto de la naturaleza una dificultad especial que trató cuidadosamente de allanar por medio de una hipótesis complicada. Los antiguos llamaban avernos, como con frecuencia vemos en Italia, Grecia y Asia, es decir, en las comarcas más civilizadas entonces, los sitios donde el suelo produce exhalaciones que causan á los hombres y á los animales desvanecimientos y aun la muerte; de aquí que la creencia popular colocara los lugares del averno en comunicación con el mundo subterráneo y con el imperio de la muerte; el difunto era llevado por los genios y demonios al reino de las sombras, esforzándose en arrastrar consigo

las almas de los vivos. El poeta trata de demostrar, según la varia naturaleza de los átomos, que los unos han de ser favorables y los otros adversos á tales ó cuales criaturas; en seguida pasa á hablar de los diferentes venenos invisibles y menciona, al lado de algunas tradiciones supersticiosas, los venenos metálicos que matan á los mineros y, por último, lo que es más aplicable á la cuestión que trata, el efecto mortal de las exhalaciones carbónicas; se comprende bien que al ácido carbónico, que no era conocido de los antiguos, le hayan atribuído los efectos de los vapores fétidos del azufre; Lucrecio adivinó que, en los lugares del averno, el aire estaba emponzoñado por las emanaciones del suelo, y este hecho puede probar que, desde esta época un estudio de la naturaleza fundado en el examen de las analogías da notables resultados á falta de métodos rigurosamente lógicos.

La explicación de los efectos del imán, por defectuosa que sea, nos muestra con qué sutileza y rigor la física epicúrea hace uso de las hipótesis, pues sabido es que no tiene otras bases; Lucrecio recuerda primero los movimientos continuos, rápidos é impetuosos de los átomos sutiles que circulan en los poros de todos los cuerpos radiando en sus superficies; cada cuerpo emite en todas direcciones torrentes de tales átomos que establecen una reacción constante entre todos los objetos del espacio; esta teoría general de las emanaciones corresponde á la teoría moderna de las vibraciones y, por las acciones y reacciones recíprocas, cualquiera que sea su forma, la experiencia de nuestro tiempo las ha confirmado y las ha atribuído además, en cuanto á su naturaleza, multiplicidad y rapidez, una importancia mucho mayor de la que hubiera podido figurarse la imaginación más audaz de un epicúreo. Según Lucrecio, el imán producirá una emisión de átomos tan brusca que, rechazando el aire, producirá entre él y el hierro un espacio vacío donde este último habrá de precipitarse; la física epicúrea no permitía crear

que exista aquí la cuestión de un místico horror al vacío (*horror vacui*); este efecto se produce porque cada cuerpo está sin cesar y por todas partes sacudido por el choque de los átomos aéreos y porque deben por consecuencia dirigirse hacia el lugar donde se forma el vacío, á menos que su peso sea muy grande ó su densidad tan leve que las corrientes aéreas puedan pasar fácilmente por los poros de este cuerpo; esto nos explica por qué es al hierro al que atrae precisamente con tal vivacidad el imán; Lucrecio refiere la causa de este fenómeno á la estructura y al peso específico del hierro; los otros cuerpos, por ejemplo el oro, ó son demasiado pesados para que estas corrientes les muevan y lancen hacia el imán al través del espacio vacío de aire, ó bien son tan porosos, como la madera *verbi gratia*, que las corrientes les atraviesan libremente y sin impulsión mecánica.

Esta explicación deja todavía por resolver muchas cuestiones, pero la manera con que Lucrecio ha considerado y tratado este fenómeno habla mejor á los sentidos que las hipótesis y las teorías de la escuela aristotélica; en primer lugar, cabe preguntarse cómo es posible que las emanaciones del imán rechacen el aire sin repeler al mismo tiempo el hierro; por otra parte se hubiera podido averiguar con una experiencia fácil y comparativa que en el espacio donde el aire está realmente rarificado se encuentran también más cuerpos que el hierro; pero por lo mismo que se pueden oponer tales objeciones, se ve que la explicación se dirige por un camino fecundo, mientras que, admitiendo fuerzas ocultas, simpatías especiales y otras hipótesis parecidas, se corta de un golpe toda reflexión ulterior. Verdad que el mismo ejemplo nos enseña también por qué en la antigüedad no pudo progresar este género de investigaciones; casi todos los descubrimientos durables de la física antigua son de naturaleza matemática, por ejemplo, la astronomía, la estática, la mecánica y los elementos de óptica y acústica; además se acumularon

numerosos materiales en las ciencias relativas á la descripción de la naturaleza; pero los antiguos se detuvieron siempre donde hubieran podido avanzar, variando y combinando los datos de la observación con objeto de descubrir las leyes generales del universo; los idealistas no comprenden ni se interesan por el fenómeno concreto, y los materialistas están dispuestos á satisfacerse sólo con la observación, contentándose con la explicación más aproximada en vez de profundizar el fenómeno observado.

